

ESPACIOS SOCIALES DE PRODUCCIÓN AGROECOLÓGICA GENERADOS POR MUJERES INDÍGENAS DE MÉXICO Y ECUADOR: REIVINDICANDO MODOS DE VIDA ENRAIZADOS

SOCIAL SPACES OF AGROECOLOGICAL PRODUCTION BY INDIGENOUS WOMEN IN MEXICO AND ECUADOR: CLAIMS FOR ROOTED WAYS OF LIFE

Luz Vanessa PÉREZ TAPIA*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA (AZCAPOTZALCO) | Ciudad de México, México
Contacto: luzvan_perez@comunidad.unam.mx

Mónica Gioconda IZURIETA GUEVARA

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR | Quito, Ecuador
Contacto: monica.izurieta@uasb.edu.ec

Resumen

Las iniciativas ciudadanas de producción y consumo de productos sustentables íntegros en sus cualidades constituyen espacios para la construcción de formas alternativas de satisfacer necesidades. También son ámbitos para la reconfiguración de las relaciones sociales basadas en la solidaridad. Este es el caso del Movimiento Cantonal de Mujeres del Pueblo Kayambi, en Ecuador, y Mujeres Cosechando, en México. El propósito de este trabajo es mostrar el despliegue espacial del trabajo realizado por estos grupos de mujeres que enarbolan procesos de vida digna, tanto en sus espacios de vida, como en las áreas urbanas donde intercambian sus productos. Estos procesos son leídos en el diálogo de la geografía crítica y la epidemiología crítica en torno al proceso productivo centrado en el valor de uso, su enfoque apunta a la contribución de crear una civilización para la vida. La exposición de los casos de estudio se basa en el análisis cualitativo de entrevistas, investigación-acción

Abstract

Citizen initiatives for production and consumption of sustainable products, with qualitative integrity, constitute spaces for the construction of alternative ways of satisfying needs, and areas for the reconfiguration of social relations based on solidarity. This is the case of the indigenous women movement, Mujeres del Pueblo Kayambi, in Ecuador, and Mujeres Cosechando, in Mexico. The purpose of this work is to show the spatial deployment of the work carried out by these groups of women who develop a dignifying life process, both in their living spaces and in the urban areas where they exchange their products. These processes are read under the dialogue of critical geography and critical epidemiology around use-value-centered productive process, its approach points to the contribution of a civilization for life. The exposition of the cases is based on the qualitative analysis of interviews and participatory action research, as well as analysis of socio-spatial

* *Becaria posdoctoral por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en la UAM, Azcapotzalco.*

participativa, así como en el análisis de información socioespacial. A partir de los múltiples diálogos de conocimiento, se considera que la organización productiva de las mujeres ha generado movimientos urbano-rurales que contribuyen a la construcción de espacios de protección en las escalas de la vida familiar cotidiana, local y regional. En este sentido, los estudios de caso constituyen ejemplos sólidos de la utilidad del trabajo productivo-colectivo para el imprescindible restablecimiento de la relación metabólica sociedad-naturaleza y la génesis de espacios donde prevalezca el respeto y la protección a la vida.

Palabras clave: *Mujeres indígenas, ecología agrícola, sustentabilidad, agricultura y economía, desarrollo de la comunidad*

information. From multiple perspectives, it is thought that the productive organization of women has generated urban-rural movements that contribute to the construction of protective spaces in the scales of daily, local and regional family life. In this sense, the case studies constitute solid examples that prove that productive-collective work is useful for the essential reestablishment of the metabolic society-nature relationship and the genesis of spaces where respect for life is paramount.

Keywords: *Indigenous women, agricultural ecology, sustainability, agriculture and economy, community development*

Introducción

El presente trabajo es resultado del intercambio interdisciplinario y de saberes locales aprendidos de las prácticas de mujeres campesinas organizadas en torno a la producción agroecológica. Es un ejercicio de lectura crítica de los procesos productivos; sus diferencias se manifiestan en la situación concreta de cada proceso de transformación de las relaciones sociales productivas y reproductivas, desde la dimensión socioespacial que le constituye hasta su peculiar abordaje y exposición. La presentación de los casos pone en juego conceptualizaciones clave del pensamiento crítico latinoamericano, desde las vertientes críticas latinoamericanas de la epidemiología y la geografía, en busca de aclarar la posición del hacer cotidiano y de los modos de vida campesinos en su dimensión socioespacial. Esto implica la comprensión-exposición de la conformación de su dimensión escalar y los

territorios que logran impactar a través de los esfuerzos colectivos situados, enraizados.¹ Inicialmente se plantea el problema actual que confronta la sociedad contemporánea en general, a saber, la subsunción productiva y consuntiva al capital, aquello que somete a las relaciones productivas, pero también a las relaciones sociales bajo una lógica productivista. En un segundo momento se contraponen en positivo la convergencia de condiciones materiales que se precisan para hacerle frente. En un tercer momento se exponen los procesos organizativos de las mujeres campesinas y con ello se retoma la discusión en torno a la configuración de espacios protectores.

Procesos autónomos en resistencia de cara a la subsunción de la producción y del consumo al capital

La disolución de la relación orgánica sujeto-objeto, sujeto-sujeto y sujeto consigo mismo,² son procesos que se realizan concatenados a la concreción de la relación capitalista. Nos referimos a la categoría subsunción de Marx (2000): “La relación del capital presupone la *escisión entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo*, proceso que, por una parte, *transforma en capital* los medios de producción y de subsistencias sociales, y por otra convierte a los productores directos en *asalariados*” (206, énfasis del autor).

Conforme la valorización del capital somete en su lógica a la comunidad histórica, ésta deviene “comunidad” del capital, “comunidad” de las mercancías, de tal modo que la conservación de la vida, a través del proceso productivo, se convierte en medio en lugar de un fin. Puesto que la pseudocomunidad de las mercancías implica la cosificación de las relaciones sociales “no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino por el contrario como *relaciones propias de cosas*”

1 Se hace referencia aquí a lo que en otros trabajos hemos denominado vida comunitaria enraizada: “metáfora que implica la actividad propiamente humana de cultivar la tierra tanto como cultivar la espiritualidad en espacios específicos, la cimiento de lo que Lefebvre llamaría ‘la producción del espacio’” (Pérez Tapia, 2020: 63).

2 Estas disoluciones se exploran con mayor amplitud, desde la perspectiva de la reconexión producción-consumo, en Pérez Tapia (2019: 196): “la desconexión presenta tres dimensiones generales: la primera relativa a la fragmentación de las relaciones entre personas, del tejido social (divisiones entre e intra clases sociales); la segunda relacionada con la capacidad objetiva de autosustentarse (despojo de los medios de subsistencia, degradación de las condiciones de trabajo); la tercera vinculada a la reproducción mercantil del cuerpo social” e individual.

entre las personas y *relaciones sociales entre las cosas*” (Marx, 2003: 89). A esta lógica de cosificación se resiste la vida humana en múltiples formas, los casos presentados aquí son, a nuestro juicio, un ejemplo de ello. Dado que el objetivo de la producción bajo el capitalismo es la valorización del capital, “La autovalorización del capital —la creación de plusvalía— es pues el objetivo determinante, predominante y avasallante del capitalista, el impulso y contenido absoluto de sus acciones; en realidad, no es otra cosa que el afán y la finalidad racionalizados del acaparador” (Marx, 1974: 20).

Los procesos de trabajo, la cooperación y la división del trabajo, así como los medios (incluidos por supuesto trabajadores y trabajadoras) e insumos para la producción son subsumidos bajo el control capitalista con el propósito de producir plusvalía, conceptualización del “proceso de objetivación de trabajo impago” (Marx, 1974: 21). Los modos tradicionales de trabajo, las capacidades de cooperación en potencia, las formas de apropiación y el uso de los bienes, subordinados al capital, son desvalorizados y distorsionados a favor de la generación de plusvalor, con mayor virulencia en contextos de Estados neoliberales. De modo que, la materialidad de los espacios, las subjetividades y los ritmos de vida, tanto de producción como de consumo, *aparecen cómplices pasivos* de una subordinación al mecanismo del capital, en ocasiones de manera muy violenta. Esta dominación capitalista tiene en la actualidad un carácter extensivo y otro intensivo; es omniabarcante pero también profundo: la dominación capitalista se impone sobre el territorio, los medios y resultados de la producción, personas trabajadoras y, en general, la humanidad (Veraza, 2008). El problema afecta a las grandes mayorías cuya “posesión” como moneda de cambio para su reproducción es sólo “su cuerpo”; aunque, paradójicamente, en su propio intercambio mercantil desigual contribuyen al mantenimiento de sus condiciones de existencia (e incluso de su mera subsistencia).

No obstante, en medio de la vorágine, en su historia, el capitalismo ha encontrado diversas formas de resistencia que se configuran, desde el ejercicio de la autonomía, en colectivos rurales y urbanos. Específicamente, aquí se hace referencia a dos procesos enraizados en su devenir histórico que, frente a los embates de la producción social capitalista, aparecen como procesos transformadores y en resistencia para la permanencia: dos grupos con características culturalmente determinadas, constituyentes de pueblos-culturas que se afirman en sus haceres cotidianos y a través de ello mantienen la vida, sus modos particulares de ser humanidad y de intercambiar relaciones orgánicas con la naturaleza.

Las diversas formas de resistencia actúan desde la defensa de sus modos de vida: construyen e impulsan proyectos alternativos a la producción capitalista; *revitalizan* conocimientos y prácticas desde la génesis de procesos autónomos de sus protagonistas y representan una respuesta en sentido dialéctico y opuesto a mecanismos de capital a partir de un orden individual y grupal hacia un orden más concreto y general de resiliencia colectiva (Breilh, 2014). En este sentido, las experiencias que se presentan a continuación corresponden a procesos de reproducción social que protegen la vida desde dos ámbitos concretos: al generar las condiciones de producción agroecológica y al promover el consumo consciente de alimentos dotados de trabajo digno y naturaleza viva. Aunque estas opciones vitales constituyen islas en medio de un mar de destrucción sistemática de la reproducción de la vida, es fundamental dar cuenta de su existencia: al reconocerlas se visibilizan opciones concretas de modos de vida de profundas raíces culturales; complementariamente, se posibilita crear vínculos y redes de colaboración con proyectos afines.

El modo de vivir está determinado por las relaciones de poder y de producir de cada grupo social entrelazadas con las relaciones de género y etnoculturales. Es decir, el modo de vivir es el movimiento de reproducción social que se expresa por un conjunto de procesos, socio-históricamente estructurados, que se desarrollan en los espacios de producción/trabajo, doméstico de consumo y circulación, de la organización social y soportes o defensas, del desarrollo cultural, intercultural y construcción de identidad y en los espacios de metabolismo o interacción con la naturaleza (Breilh, 2014: 13). Debido a la crisis civilizatoria (Ornelas *et al.*, 2013) y/o epocal (Arizmendi, 2016) que nos aqueja, urge desarrollar estrategias a gran escala para enfrentarla, parafraseado a Bartra (2006), quienes han sabido resistir al capitalismo son los grupos campesinos e indígenas, de modo que la sociedad urbanizada y atomizada sí tiene ejemplos concretos de dónde aprender y, aunque sometida por el fetichismo de la mercancía (Marx, 2003), existe la *fuerza vital* en la humanidad *concreta produciendo (que produce) espacio en torno al valor de uso*. Un ejemplo de ello son los procesos transformadores que hoy nos ocupan: “Mujeres Cosechando” y “Movimiento Cantonal de Mujeres del Pueblo Kayambi”, quienes manifiestan sus raíces y orígenes en sus prácticas cotidianas, producen alimentos y reestablecen vínculos que impactan en condiciones materiales de reproducción social desde el hacer de la vida cotidiana.

La concreción *socioespacial* de las condiciones vitales de resistencia

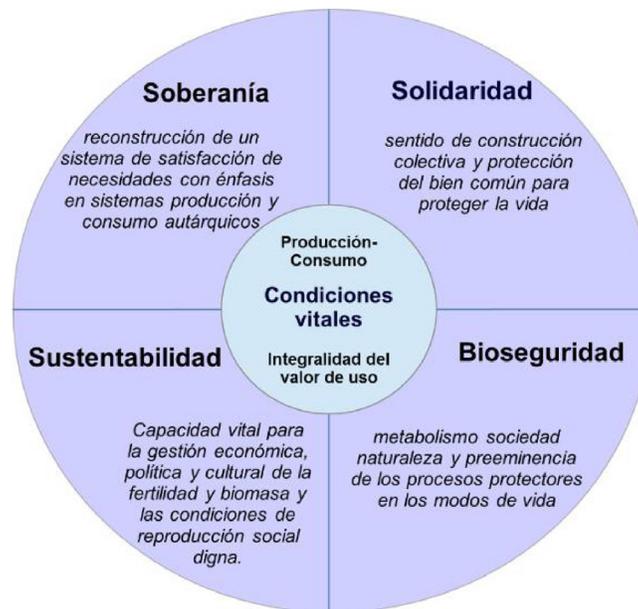
La vida se defiende a sí misma. La vida en la forma humana se afianza en sus raíces, en sus culturas, en sus territorios. En medio de la omnipresencia del capitalismo, los grupos humanos arraigados a la tierra y autónomos en sus procesos productivos, históricamente vapuleados por la concreción de la modernidad, constituyen para la humanidad –en su conjunto– un acervo geohistórico de conocimiento y estrategias de sobrevivencia útiles para la reestructuración consciente de las condiciones materiales de vida, de cara a la crisis civilizatoria multiforme (Bartra, 2013).

Frente al modo de vida capitalista que enarbola la producción de plusvalía a costa de cualquier otro fin (promoviendo la consolidación de la sociedad de consumo), urge desarrollar e implementar principios alternativos que constituyan, de inicio, la reivindicación de los valores sociales que protegen la vida, guías para definir la existencia social y la satisfacción de las necesidades en diferentes escalas geográficas; en otras palabras: directrices para un modo de vida-modo de producción cuyo fin sea el goce y no la reproducción del capital. En este sentido, en la epidemiología crítica latinoamericana encontramos herramientas teóricas útiles para exponer el problema, es el caso de la matriz de cuatro principios vitales como una vía para la reconstrucción de la relación metabólica sociedad-naturaleza, del proceso productivo y el restablecimiento del valor de uso íntegro en función de los principios vitales-revitalizantes: soberanía, solidaridad, sustentabilidad y bioseguridad (Breilh, 2010). La sustentabilidad se refiere a la capacidad vital para la gestión económica, política y cultural de la fertilidad y biomasa, así como las condiciones de reproducción social digna; la solidaridad es el principio de construcción colectiva y protección del bien común para la protección de la vida; la soberanía raya profundamente en la autarquía de las formas de producción y consumo; la bioseguridad contempla relaciones metabólicas sociedad-naturaleza protectoras (ver figura 1).

Desde el enfoque crítico de la representación de la realidad, asumimos a la resistencia colectiva, la protección colectiva, sustentada en la construcción material de condiciones dignas de existencia como un valor, como una fuerza productiva, con significado humano que es motor de la reproducción social para una economía de lo vital y que recrea formas materiales y subjetivas que conducen al proceso producción-consumo de

Figura 1

Elementos de la reproducción de las condiciones vitales



Fuente: Elaborado por las autoras con base en Breilh, 2017

valores de uso íntegros. La vida y la autonomía constituyen su centro, a pesar de los embates de la modernidad capitalista con todo y su poder y concentración de capital en oligopolios, y ese modo corporativo voraz de generar riqueza, sin un sentido de vida humana y de los ecosistemas. Se pueden clasificar de la siguiente manera estas condiciones vitales de resistencia, en las esferas de producción y consumo desde la perspectiva de los principios vitales (ver figura 2).

Desde este punto de vista, la relación metabólica sociedad-naturaleza está vista desde la perspectiva crítica de la resistencia al sistema que lacera esa relación. Bajo este código es que se presentan los dos casos de estudio en cuanto opciones vitalizantes del proceso de intercambio metabólico: de las mujeres con la tierra, de las mujeres entre ellas y de sus productos con otras y otros, a saber, consumidoras y consumidores; y en última instancia entre el campo y la ciudad.

Resistencias protectoras y sus convergencias, procesos colectivos en Ecuador y México

Existen cuatro coincidencias entre los casos de estudio: mujeres, indígenas, productoras de alimentos agroecológicos, vinculadas a una espacialidad material y subjetiva *solidaria*. Ello posibilita su exposición conjunta en el marco de los esfuerzos ciudadanos por preservar la cultura, la tierra, las semillas, la vida y la salud; ambos constituyen ejemplos del potencial de la *bioseguridad* y la *sustentabilidad* como caminos concretos para producir valores de uso íntegros, en calidad y en cantidad. Aunque en pequeñísima escala, estos proyectos perfilan la posibilidad de alcanzar *soberanía* y son ejemplos concretos del potencial de la organización colectiva.

Figura 2

Configuración de espacios sociales protectores

Relación metabólica con la naturaleza	Producción	Consumo
Sustentabilidad	Formas de producción que garantizan la generación de fertilidad y biomasa, los ecosistemas que sostienen la vida	Formas de apropiación, uso y excreción de bienes que no afectan la fertilidad y biomasa, ni los ecosistemas que sostienen la vida.
Soberanía	Organización del trabajo colectivo, con autarquía y dominio de sus decisiones. Con poder democrático. Autosuficiente en recursos. Disponer de su territorio en conveniencia del bien común	Consumo resiliente, en contra de las fuerzas hegemónicas de subsunción material y cultural de consumo.
Solidaridad	Estructura productiva organizada alrededor del bien común y las necesidades colectivas. Capacidad de trabajo en colaboración, fuerzas productivas sociales latentes.	Desenajenación del consumo. Construcción de tejido social en los procesos de apropiación y uso de los bienes. Los consumidores poseen la capacidad de cooperar unos con otros y organizarse para acceder y consumir los bienes que necesita, en un sentido cercano al menos al valor de uso
BioSeguridad	Entornos y modos de producción seguros, con mecanismos de protección tanto de la vida humana como de la naturaleza. Conciencia colectiva y normativa de seguridad.	El consumo de bienes es seguro para la vida humana y para la naturaleza, no atenta contra la salud física y psíquica del ser humano ni contamina suelos, agua, aire y el equilibrio de ecosistemas.

Fuente: Elaborado por las autoras con base en Breilh, 2017.

Movimiento Cantonal de Mujeres del Pueblo Kayambi

En la sierra andina ecuatoriana confluyen el trabajo colectivo de la triada: investigadores del Programa Andina Ecosaludable de la Universidad Andina Simón Bolívar, mujeres indígenas de los pueblos Kayambi y Tabacundo y los gobiernos locales, con el apoyo de movimientos de consumidores de Quito, conformados en un 79% por mujeres jóvenes. Para el equipo de investigación involucrado, la praxis es un motor, Fals Borda (2009) argumenta que la mejor manera de saber si el camino de investigación es correcto, es producir hechos y hacer que las ideas se traduzcan a la práctica; que los estudios que se realicen demuestren sus méritos y su objetividad por el rigor con que han sido concebidos, así también por su eficacia en la reconstrucción de la sociedad, de nuestra Latinoamérica, abarrotada de estudios pero con una clara necesidad de confrontar la realidad mediante teoría trabajada junto a la acción colectiva.

El equipo de investigación del Programa Andina Ecosaludable había mantenido estrecha relación con el pueblo Kayambi y las organizaciones campesinas de Tabacundo. En los últimos años, se evidenció el cambio y deterioro de sus tierras: producción agrícola en pequeña escala a grandes monocultivos de rosas debido a la incursión de empresas florícolas exportadoras que emplean a mujeres jóvenes indígenas, quienes conforman el 80% de trabajadores asalariados en las labores de corte y cultivo. El territorio se dividió entre las mujeres mayores, abuelas en su mayoría, quienes se quedaron en sus chacras³ y las mujeres jóvenes, muchas de ellas madres, quienes se convirtieron en fuerza de trabajo de las plantaciones.

La mayoría de los medios de producción de las plantaciones de rosas ubicadas en el cantón Kayambi suponen la exposición de estas trabajadoras a altas cantidades de agrotóxicos y temperaturas bajas en cuartos de refrigeración. Las formas organizativas de las empresas son basadas en criterios de eficiencia que las obligan a trabajar hasta 14 horas al día en temporadas altas, como el día de la madre o San Valentín. Su trabajo diario es supervisado por “el ingeniero” como ellas lo llaman, quien define el modo corporativo de producir y consumir, en el que prima la eficiencia y efectividad sobre las relaciones sociales y ambientales. Asimismo, estas empresas admiten que en sus procesos de producción existen “costes

3 Del quechua *chakra* que refiere a la tierra de cultivo.

del negocio” –que bien podrían ser entendidos como “daños colaterales”– variables que a veces se salen de control e incluso pueden generar crisis (Harvey, 2004: 42). La acumulación de capital y generación de plusvalor de la dinámica florícola mira insensible la génesis de un *embodiment* o encarnación de enfermedades nefastas en las trabajadoras florícolas: afectaciones en su útero y ovarios, cáncer, abortos. Lo que es peor, niños con mal formaciones o bebés que mueren a los pocos días de nacidos.

Otro de los daños de esta lógica agroexportadora en el territorio ha sido la contaminación en agua y suelos. Como ejemplo, los tallos de las rosas que se desechan se dan de comer a los animales, los plásticos vacíos que sirven de envases para los agrotóxicos reposan acumulados en el suelo donde juegan niñas y niños alrededor. Por lo tanto, el metabolismo sociedad-naturaleza de esta realidad es de destrucción. Además, las dinámicas del consumo del territorio cambian rápidamente hacia el uso de plásticos y ropa barata, teléfonos celulares y demás mercancías que esperan el salario quincenal de las mujeres trabajadoras. Cabe mencionar que la inserción de mujeres campesinas en las dinámicas de trabajo de los monocultivos de la agroindustria cambia también los modos de vida de las comunidades, erosionando especialmente subjetividades, prácticas tradicionales y formas organizativas solidarias de convivencia y de trabajo (Breilh et al., 2005).

El Movimiento Cantonal de Mujeres del Pueblo Kayambi se origina en el año 2016, una de sus características especiales en su modo solidario de organizarse es su capacidad de agrupar a otras organizaciones más pequeñas distribuidas en parroquias rurales alrededor de la cabecera cantonal. De acuerdo con Pacha Cabascango,⁴ este es un movimiento que tiene una agenda política y ejes de participación establecidos: productivo, de salud y nutrición y derechos de las mujeres. Con el tiempo, las acciones más fuertes se han concentrado en la agroecología pues esta dimensión, a decir de Pacha, las ha mantenido unidas y les permite obtener ingresos de forma autónoma.

Poseen una directiva y las decisiones las toman siempre en asambleas participativas. Su relación metabólica con la naturaleza es armoniosa y parte de la cosmovisión indígena Kayambi. Nos cuenta Pacha: “Las compañeras reestablecen o logran mantener principios espirituales, por ejemplo en las chacras de la *mama Miche*⁵ o

4 Entrevista realizada con Pacha Cabascango, joven líder de la política del pueblo Kayambi que preside varios procesos de lucha en protección de grupos vulnerables en su territorio, desde los gobiernos locales del cantón Cayambe.

5 *Mama*, así sin acento, es el término que usan las Kayambis más jóvenes para referirse a las mujeres mayores.

mama Hilda, cuando hay que sembrar se conectan con el movimiento de la luna, hay muchísimos rituales con el sol, las estaciones y el tipo de producto que siembran”. A través del Programa Andina Ecosaludable se concretó un trabajo de incidencia académica y comunitaria mediante la concreción de la triada: a) proyecto académico b) organizaciones en defensa de grupos vulnerados y c) gobiernos locales. Se determinaron los siguientes procesos críticos de transformación social:

- El proyecto de investigación e incidencia debe contribuir a sanar la separación antagónica campo ciudad y a disminuir el extrañamiento de consumidores urbanos respecto a la tierra (sustentabilidad).
- Los procesos de investigación deben contribuir a las luchas colectivas de los pueblos indígenas para generar sujetos libres de la subordinación de las formas de trabajo de la industria agroexportadora (solidaridad).
- Los procesos críticos deben concentrarse en generar mayor autonomía en el abastecimiento, circulación y consumo de alimentos (soberanía).
- La transformación de alimentos debe involucrar alimentos generados en sistemas agroecológicos (bioseguridad).

Finalmente, el programa logró concretar una nueva espacialidad de relaciones campo ciudad, aquella que reproduce un proceso protector a través de la circulación y el consumo de alimentos agroecológicos. En la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB) se celebra cada martes la feria agroecológica y el abastecimiento de alimentos bioseguros para el comedor universitario. La feria agroecológica inició en 2016 y el abastecimiento al comedor de alimentos bioseguros en 2018 y continuó sin interrupción hasta el confinamiento derivado de la pandemia en 2020. Ahora, mientras se escribe este artículo, se está retomando el abastecimiento de alimentos, fruto del trabajo digno y de naturaleza viva hacia la ciudad, con la convicción de la importancia del alimento sano, soberano, solidario y bioseguro tras los sucesos de vulnerabilidad alimentaria durante la pandemia Covid 19. En la siguiente fotografía (Figura 3) se puede ver parte de la Feria Agroecológica que se desarrolla en el barrio La Floresta de la ciudad de Quito y en la UASB (ver figura 3).

Confluyen en este espacio mujeres organizadas de campo y ciudad: “Movimiento Cantonal de Mujeres del Pueblo Kayambi” y “Asociación de mujeres Buen Vivir de

Figura 3

Feria de alimentos agroecológicos en la UASB

Fuente: María José Breilh, coordinadora de la feria agroecológica UASB-E, 2018.

Tabacundo”, ambas provenientes de territorios afectados por las plantaciones florícolas; asimismo, estudiantes del Doctorado en Salud colectiva, ambiente y sociedad de la UASB y la “Red de mujeres autónomas emprendedoras”, organización urbana que a su vez aglutina otras organizaciones. Se adhirió posteriormente el movimiento de consumidores de la Campaña “Qué Rico es comer sano y local”. Este último movimiento ha sido importante para la campaña de comunicación a consumidores de la universidad y del barrio La Floresta, así como para generar conexiones con chefs de la ciudad ligados a la agroecología y soberanía alimentaria. La segunda etapa del proyecto comprende repetir la experiencia en otras universidades y aumentar la frecuencia de la feria agroecológica para el barrio.

En el caso de las mujeres de los pueblos de Kayambi y Tabacundo, el proceso de tener una demanda segura a partir de consumidoras y consumidores de la ciudad ha permitido que se incluyan a más mujeres campesinas a las organizaciones

existentes. Como se ha explicado, este proyecto ha concretado la primera etapa, que es cambiar el espacio de circulación y consumo de alimentos de esta universidad y abrir una feria de alimentos bioseguros en el barrio de Floresta. Las subjetividades y la reivindicación de la identidad han surgido casi espontáneamente: la organización social del campesinado indígena, academia y consumidores conformados en su mayoría por mujeres de distintas etnias y clases sociales logra reconstituir la trama social, de modo que el dinero, forma histórica de fragmentación, parecería que pasa a un segundo plano. Se construye una fuerza motriz que opera en el espacio urbano y rural, contraria a la lógica de acumulación del capital desde la agroindustria y las corporaciones alimentarias. La ilusión creada por la industria alimentaria que posiciona en la mente de los consumidores los alimentos supuestamente divertidos, prácticos y hasta saludables o naturales se desvanece, el fetiche de la mercancía de esta fuerza pierde su poder de determinación. Marian Simón (2017) sostiene que las organizaciones que se generan en los proyectos de consumo de alimentos agroecológicos son vectores de transformación social (2017: 35); el alimento se convierte en el conector principal y la comunicación se reestablece: los relatos que se suceden en el espacio de intercambio desarrollan además una subjetividad en torno al alimento y a la salud, que la industria alimentaria erosionó (Izurieta, 2017). Se construye ciudadanía, la que se expresa en los movimientos que se generan alrededor de la agroecología y soberanía alimentaria (Sherwood et al., 2013). Los momentos de consumo de alimentos que suceden en el mercado de alimentos agroecológicos, organizado por el Programa Andina Ecosaludable de la Universidad Andina Simón Bolívar, expresan lo anteriormente señalado: una trama social reconstituida entre campo y ciudad, la concreción de un espacio en el que no existen mercancías fetiches. Existen, por el contrario, valores de uso que son trabajados por campesinas y campesinos, dueños de sus instrumentos de trabajo y de sus tierras.

Durante el proceso productivo, expresiones de reivindicación de fiestas tradicionales indígenas se fortalecieron en el espacio urbano. En la fiesta del Inti Raymi (fiesta del sol) del pasado 21 de junio de 2018, los tres ejes de este proceso de transición se juntaron en una celebración: mujeres indígenas, estudiantes y docentes de las cuatro universidades y dos institutos de arte y cine de la ciudadela universitaria de Quito, así como los movimientos de consumo consciente. Y “zapateamos” al ritmo de las coplas del pueblo Kayambi, bailamos en las calles del barrio La Floresta, aunque

en cemento, bailamos juntos en medio de la diversidad de espacios, etnias, clases y roles, zapateamos dando gracias a la tierra a un mismo ritmo, en honor al rey sol y en defensa de la vida (ver figura 4).

Mujeres Cosechando

De las serranías del Eje Neovolcánico en el centro de México provienen Mujeres Cosechando,⁶ mujeres que dan vida a un proceso organizativo de producción agroecológica. Esta organización constituye una de las diferentes iniciativas ciudadanas de producción y transformación que convergen en mercados y tianguis de productos orgánicos en la Ciudad de México. Estos espacios comerciales son un fenómeno en crecimiento que congrega formas alternativas y/o ecológicas de producir alimentos procedentes de buenas prácticas, entre muchas otras mercancías producidas de forma que se prioriza su valor de uso (Pérez Tapia, 2017a). Los mercados y tianguis de este corte son de reciente creación, surgen con el siglo XXI. En la Ciudad de México el más antiguo se conforma en 2010 (Mercado El 100); en la siguiente década, se multiplicaron las experiencias a una decena, cada uno con alrededor de treinta expositores. En ellos se vende desde hortalizas, semillas, frutas, carnes (pollo, res, pavo, trucha), hasta cosmética natural, pasando por alimentos preparados (panadería incluida), bebidas artesanales, alimentos procesados, desechables y artesanías. Lo distintivo de esta forma mercantil, frente al comercio convencional, es la reivindicación del valor del trabajo y la calidad del producto (Pérez Tapia, 2017b).

Mujeres Cosechando es un proyecto de mujeres que recuperan su tradición campesina familiar para producir alimentos y, en el proceso, se empoderan como mujeres: en un contexto social de múltiples vías de subordinación del ser mujer. Este grupo conduce su actividad reproductiva a la esfera de la producción; al mismo tiempo, particularmente, trasgreden sus limitaciones determinadas histórica-cultural-social-política y económicamente, llevando al espacio público las prácticas propias de su espacio privado, de su “trabajo en casa”. Mujeres Cosechando recoge en su nombre

6 Con agradecimiento y reconocimiento al trabajo, a las vivencias y a las charlas compartidas con Mujeres Cosechando: Angelina, Isidra, Macaria, Amada, Ilaria y Verónica.

Figura 4

Celebración de la fiesta Inti Raimi en la ciudadela universitaria La Floresta



Fuente: Hugo Pavón, UASB. Junio 2018.

la actividad que realizan miles de mujeres en el campo, práctica que permite el autoabastecimiento alimentario a las familias campesinas. Complementariamente, el rótulo pone énfasis en el poder vital tanto de la reivindicación de la subjetividad del género, como del trabajo con la tierra. El nombre se toma de la práctica y es, precisamente por ello, que la metáfora es clarificante: mujeres que recogen lo que han sembrado, que se apropian de su hacer y de los resultados de este, construyen autonomía.

Su historia comienza con la implementación de diversos talleres promovidos en la comunidad por la “Asociación Siembra”, entre ellos los huertos urbanos. De inicio, se juntaron cinco personas, pero los talleres llegaron a contar con ciento cuarenta asistentes. Ellas, junto con otras mujeres, en total veinte, comenzaron el proyecto en 2011. Tras dos años de trabajo ses mantienen seis y formaron la asociación Mujeres Cosechando.

Originarias de San Pedro Arriba, localidad del municipio de Temoaya en el Estado de México, territorialidad del pueblo Otomí, 7 Mujeres Cosechando trabajan en colectivo: se apoyan unas a otras en sus respectivos espacios de producción. El trabajo que han realizado implicó reavivar las memorias y los aprendizajes heredados del trabajo con la tierra, incorporar conocimientos y prácticas agroecológicas, así como ofrecer al mercado el producto de su “saber de trabajo en casa”, aprender de la comercialización y organización logística para distribuir sus productos en tres sucursales del Tianguis Bosque de Agua (TBA) (ver figura 5). El TBA es uno de los mercados orgánicos más antiguos en su tipo, surge en 2007 en la Ciudad de Metepec, Estado de México, desde 2013 el modelo se replica en ciudades próximas (en Ciudad de México, en segundo lugar). Para 2018, la red de producción y consumo contaba con seis nodos distribuidos en tres ciudades: Metepec, Querétaro y Ciudad de México. Desde 2011 Mujeres Cosechando ingresó al TBA de Metepec, ofreciendo productos derivados de la milpa y diversas hortalizas.

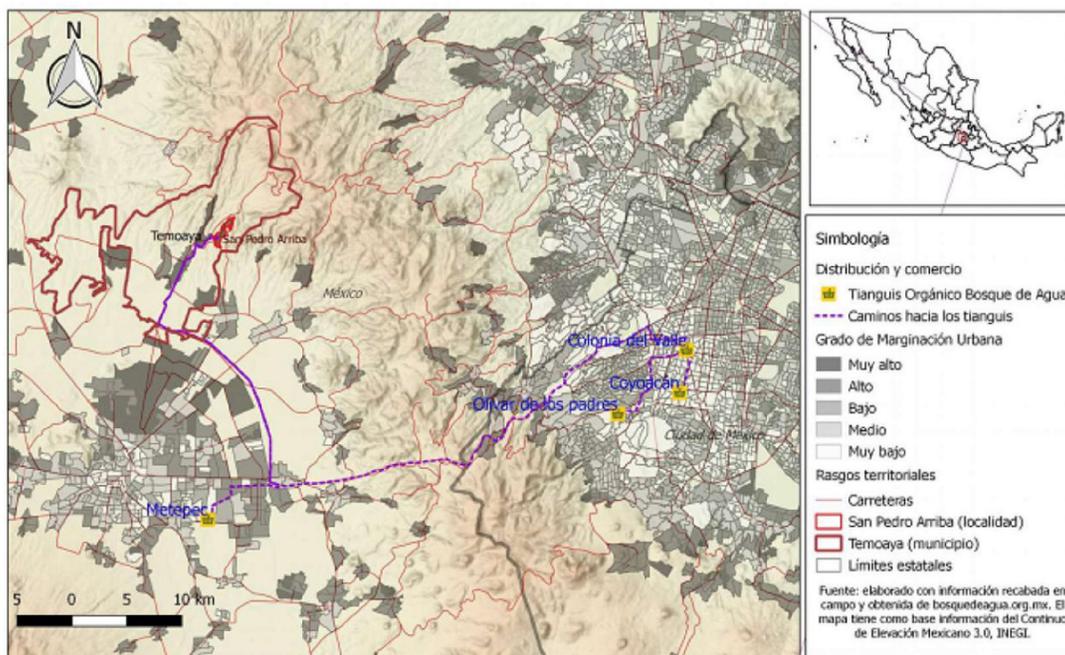
Su labor se divide en trabajo agrícola en terrenos ejidales, en sus huertos de traspatio, en la transformación de los productos y en la venta. Estas mujeres son “agricultoras de corazón: donde hay un pedacito de tierra cultivan” –dice Cristina la coordinadora del TBA Colonia del Valle–⁸ afirmación que cobra sentido al caminar entre sus patios llenos de macetas y surcos plantados: cada mujer cuenta con su huerto en casa, un invernadero y plantas en cada espacio de tierra, así sea en grandes o pequeñas macetas, además de pequeños terrenos agrícolas domésticos y tierras de labor. El trabajo de las mujeres ha impactado de inmediato a sus familias, progresivamente se han transformado las relaciones productivas y reproductivas, de constituir una actividad útil para apoyar al ingreso familiar, la agricultura organizada para la venta –especialmente desde su distribución a través de los nodos de TBA– ha precisado la incorporación de otros miembros de la familia, incluso hombres (de algunas, sus parejas). Quienes ahora contribuyen en el proyecto “ayudan en la casa” (dice la Sra.

7 De acuerdo con Barrientos (2004: 6), el pueblo Otomí “se nombran a sí mismos *nāhñu*, que significa ‘los que hablan otomí. La palabra otomí es de origen náhuatl (singular: *otomil*, plural: *otomí*)”. Su territorialidad se distribuye en distintas entidades federativas del centro de México, originalmente en tierras altas. A pesar de la migración hacia las grandes ciudades, y el desuso de la lengua materna por parte de las nuevas generaciones, se mantiene vigente la reconfiguración de la identidad en los nuevos espacios y el sentido de pertenencia a la cultura.

8 Entrevistada en el contexto de la presentación del proyecto a lxs asistentes al “organitur” realizado el 11 de agosto de 2018, como parte de las actividades del Tianguis Bosque de Agua Colonia del Valle.

Figura 5

Una mirada a la espacialidad de Mujeres Cosechando (2018)



Fuente: Elaborado por Vanessa Pérez Tapia con información recabada en campo (2018).

Isidra, respecto del trabajo productivo que realizan). No obstante, la incorporación de nuevos integrantes, la organización continua encabezada por las mujeres.

En la comunidad son relativamente habituales los huertos de traspatio y la agricultura como una de las principales actividades productivas, sin embargo, el vínculo de Mujeres Cosechando con el tianguis bosque de agua, que tiene por objetivo “hacer una realidad la alimentación sana y la producción ética y sustentable de alimentos”,⁹ constituye una diferencia importante entre las oportunidades de comercialización a las que se puede acceder en el lugar. Dicho vínculo comercial ofrece visibilidad al proyecto, pero, sobre todo, la posibilidad de vender directamente sus productos, sin intermediación, otros beneficios son la interacción con otros proyectos productivos de diversa índole (compañeras y compañeros dentro de los mercados alternativos) y, teóricamente, el acceso a la riqueza reunida en estos mercados. En este sentido, la convergencia en los

9 Sitio web *Bosque de Agua*.

tianguis ofrece un abanico de posibilidades para el desarrollo de capacidades, tanto en la socialización del conocimiento, cooperación, división del trabajo para la satisfacción de necesidades, como la amplia oferta de productos de buena calidad desde su origen. Esta es otra dimensión de la participación, la vinculación e intercambio que se genera con el impulso de la práctica productiva centrada en el valor de uso.

Cada una de las mujeres trabaja la tierra, cocina (tamales, tortillas, tlacoyos) y vende en el mercado. Han aprendido a organizarse para tener tiempo de descanso, se dividen en grupos de dos personas y se rota la preparación y la venta cada tres semanas. Cada equipo a su vez contrata un grupo de cinco personas para la venta el domingo, en tres sitios de la Ciudad de México. Una persona debe conducir la camioneta para transportar los productos y los demás apoyan en los puntos de venta. De acuerdo con su percepción, las familias de las mujeres les reconoce el trabajo que han realizado y les apoyan. En el pueblo se les ve de forma divergente, o que han tenido éxito en su proyecto, y se interesan en su iniciativa o las buscan como apoyo, para recomendaciones y consejos productivos; pero también en la comunidad se les mira con sospecha “no es fácil que la comunidad comprenda los horarios de trabajo, es el machismo lo que discrimina”, dice Isidra. Este es un aspecto que se identifica en otros procesos productivos de mujeres, por ejemplo, en la Asociación de Mujeres del Pueblo Kayambi, los estereotipos de las parejas hombres, quienes reclaman el trabajo autónomo de sus parejas.

En el campo, ellas emulan lo que sus padres les enseñaron “desde que crecí mis papás no usaron químicos”, dice Macaria. En la comunidad se siembra tradicionalmente maíz, haba y papa, recientemente hortalizas. Para ellas, los talleres y capacitaciones que han recibido dentro de la organización les incentivaron a buscar alternativas para fertilizar y controlar las plagas. Esto les ha funcionado como una vía alterna para reconocer, reivindicar y aplicar los conocimientos heredados del hacer cotidiano en el campo.

Conformación y expansión de espacios protectores

La conformación de espacios protectores no resulta sino de la organización social: de la colectividad o la comunidad en torno a la reivindicación de intereses comunes. ¿Qué implica en este sentido un espacio protector? Es una configuración socio-territorial y culturalmente determinada de las relaciones productivas-reproductivas en procesos

de autonomía, para satisfacer necesidades vitales aplicando las capacidades colectivas históricamente desarrolladas en combinación con nuevos aprendizajes que contribuyen al bien común. El cuidado de la tierra-territorio, del agua, de las semillas, de las otras y los otros es un bien más allá de la lógica de la acumulación capitalista, es el resultado del trabajo reproductivo que durante milenios ha sostenido a la humanidad en sus diversos modos de vida. Por otro lado, subordinadas al capital las labores de cuidados, las actividades útiles para la reproducción de la fuerza de trabajo (en cuanto fuerza de trabajo, es decir vitalidad sometida al modo de producción capitalista), aparecen como trabajo impago (no asalariado); subordinadas al patriarcado dichas labores han recaído en las mujeres, como actividades propias del género femenino.

En los casos presentados, se manifiesta, la reivindicación de los cuidados (condiciones necesarias para la producción), ello bajo la forma del trabajo doméstico que se desenvuelve sobre el espacio público. Por ejemplo, en el caso de Mujeres Cosechando el valor de uso del trabajo del hogar —el cuidado de las plantas, la elaboración de alimentos—se traslada de la casa al tianguis, con ello expande la espacialidad del quehacer de casa (del trabajo reproductivo) hacia el espacio mercantil. El trabajo del hogar toma un otro lugar y se resignifica en el tianguis, se afirma, se expresa y manifiesta su poder, su valor de uso y su valor social. Así, cuando la demanda de alimentos agroecológicos, valores de uso íntegros, se incrementa gracias a los procesos colectivos de comercialización en que participan la academia, los actores claves en los barrios y los movimientos de defensa del alimento, la organización “madre” Kayambi integra a otras asociaciones más pequeñas a su estructura. Con esta estructura participativa, el trabajo de más mujeres adquiere autonomía, menos dependencia de la lógica agroindustrial de las empresas y, no solo aumenta la producción, se expande la ritualidad de las condiciones vida, se ejercen los principios vitales del vivir bien.

En este sentido, algo parecido ocurre con Mujeres Cosechando que tras la incorporación al TBA (incluyendo los tres sitios en la Ciudad de México), precisan el incremento de su producción para atender la creciente demanda, de modo que incorporan paulatinamente a familiares y otras personas de la comunidad en cada actividad del proceso productivo. Con esto generan empleos, al tiempo que manifiestan, con su ejemplo, la posibilidad de concretar proyectos colectivos cuya contribución sencilla e intensa contribuye en la formación multisituada de una civilización para la vida. Ello,

en cuanto expresiones del hacer para vivir, contrario al hacer para generar plusvalor para el dueño del capital, de esta forma se trastocan y recrean creativamente la reproducción de las relaciones sociales de producción dominantes. En los casos tratados ello se puede comprender de manera integral a partir de las prácticas recodificadas en los cuatro principios de vida.

La sustentabilidad se refiere a la capacidad de sustentar una reproducción social digna, desde la reproducción corporal misma. En los procesos de transformación analizados se pueden encontrar expresiones de un trabajo dignificante asociado con la reivindicación de la cultura y la identidad alimentaria, caracterizada por la autonomía y el uso del tiempo para participar colectivamente en las fiestas locales y festividades tradicionales; se manifiesta la capacidad organizativa, asimismo funge como soporte colectivo a otras mujeres del contexto territorial. El relacionamiento con la naturaleza es especialmente importante, puesto que la actividad de producción agroecológica reproduce un intercambio con la tierra y agua en relación de armonía, reciprocidad y respeto. En ambos casos, las mujeres logran recuperar sus conocimientos y medios de producción como elementos esenciales para la formación de su autonomía, para sustentar una reproducción colectiva digna tanto como para mantener la fertilidad de la tierra a través de sus prácticas agroecológicas, así como para contribuir directamente a la población local con bienes para la alimentación sana.

La soberanía se expresa en la autarquía de la toma de decisiones que se hace de forma respetuosa y colectiva, así como en la autosuficiencia para la satisfacción de las necesidades, lo que implica el poder democrático de un pueblo empoderado. Se observa, en el caso de las mujeres del pueblo Kayambi que, si bien existe un liderazgo legitimado en la elección de la presidenta y vicepresidenta, las decisiones se toman en asambleas, así denominadas por ellas. En estos espacios ellas tejen, mientras hablan están bordando, escuchan, intervienen, hacen bromas y deciden. Determinan colectiva y empoderadamente su manera de obrar como grupo, sus políticas, valores y formas de gestionar su organización; planifican las cosechas, la circulación del alimento y sus formas de transacción. De manera similar, Mujeres Cosechando gestiona colectivamente la organización productiva, determinan cómo proceder a partir de sus reuniones semanales, encuentros en que se gesta pacientemente su autonomía.

La solidaridad en estas formas de producción es un proceso en continua construcción, de reivindicación de las formas tradicionales y del aprendizaje de otras

organizaciones, asimismo, de reestructuración de otras formas viciadas. La solidaridad deviene un elemento político de la organización social en diferentes escalas espacio-temporales, la solidaridad alcanza a las generaciones futuras, en las que se considera el impacto en restablecimiento de las prácticas productivas. La estructura económica productiva se organiza alrededor de la preeminencia de la vida y la defensa de un bien común. En palabras de Breilh “la distribución ofrece a todos el acceso a una cuota que hace posible el bien vivir [...] donde la condición de vida colectiva ofrece a todos la posibilidad de incidir” (2017: 308). La solidaridad se expresa en los casos presentados hacia el interior de los colectivos, pero también con relación a otros grupos sociales con quienes construyen redes de colaboración y ayuda mutua: se agrupan académicos, grupos de consumidores, familias, etc.

La bioseguridad permite la preeminencia de procesos protectores para la salud propia y de otros, el acceso a un consumo de satisfactores útiles (no degradantes/degradados). En el caso especial de los alimentos, la bioseguridad consiste en el uso de insumos biológicos y semillas milenarias, lo que significa una luz en medio de un sistema industrial alimentario tóxico y de muerte (insumos petroquímicos, transgénicos). Ello incluye la generación de espacios protectores, con capacidad para afrontar procesos peligrosos y malsanos, por ejemplo, en los espacios de trabajo de la producción alimentaria: sin el uso de plaguicidas ni la exposición ocupacional a elementos tóxicos que repercuten en la enfermedad de cuerpos y ecosistemas. En ambos casos de estudio, se observa la centralidad de la producción agroecológica para la organización productiva, como recreación de las formas tradicionales/ancestrales del trabajo agrícola, sea para crear alternativas productivas —bioseguras para el trabajo— y afrontar riesgos sanitarios del trabajo sobreexplotado tanto como para producir alimentos sanos —bioseguros para el consumo.

Conclusiones

Los espacios protectores son producto del trabajo cotidiano de cuidados para la conservación de la vida. Hemos abordado dos proyectos asociados a la agroecología y la alimentación biosegura, soberana, solidaria y sustentable. Los espacios protectores se resisten a la expansión e intensificación de la homogeneización que trae consigo la

producción corporativa del espacio; surgen también como resultado de nuevas relaciones de solidaridad entre distintos actores sociales y se recrean en los bordes de la crisis civilizatoria, como respiros necesarios para la vida. Históricamente, el trabajo cotidiano de cuidados ha sido un ámbito asignado a la mujer, en su condición de opresión, y –paulatinamente– ha sido confinado al espacio privado doméstico, ello lo marca como actividades y prácticas subvaloradas frente a la producción social. No obstante, se trata de momentos creativos, de conciencia del entorno, de desarrollo de capacidades para la satisfacción de las necesidades inmediatas: los trabajos de cuidados sostienen los núcleos familiares que constituyen poblaciones y sociedades enteras, crean riquezas, más no necesariamente ganancias.

Mujeres del Pueblo Kayambi y Mujeres Cosechando constituyen dos experiencias que generan condiciones vitales de resistencia, condiciones protectoras de las personas y del ambiente, surgen de la construcción de la autonomía de colectivos de mujeres empoderadas. Al generarse de manera colectiva poseen la fuerza para expandirse hacia la sociedad y además proteger familias e individuos en situación de vulnerabilidad; surgen como procesos protectores para los espacios que habitan, para sus residentes, los suelos que alimentan, el agua, el aire; se muestran como espacios esperanzadores frente a la vorágine de destrucción de la lógica de acumulación de capital que opera muy próxima; en contraposición, sus formas de trabajo y consumo solidario, soberano, sustentable y bioseguro representan opciones de vida digna para las nuevas generaciones. La presencia y el ejemplo de tenacidad de la organización productiva-reproductiva de las mujeres provee a los y las jóvenes de posibilidades concretas de trabajo sustentable y alimentación sana: ello contrarresta como única opción al trabajo enajenado que consume fuerza vital para producir plusvalor; y en el mismo sentido, promueve la reproducción saludable del cuerpo a través del consumo de alimentos agroecológicos.

La relación metabólica con la naturaleza deviene armónica a través de la re-vitalización de la cosmovisión (actividades y prácticas) de los pueblos milenarios: su importancia en tiempos de crisis civilizatoria radica en sus capacidades históricamente desarrolladas para permanecer, esto es, para centrarse en la vida orgánica y el crecimiento, en la continuidad de la vida. Como ejemplos concretos, la reproducción de estos colectivos de mujeres es digna y sana, ello se manifiesta a través de sus modos de vida enraizados y se expresa en la conformación a conciencia de espacios protectores.

Referencias bibliográficas

- ARIZMENDI, Luis. (2016). *El Capital ante la crisis epocal del capitalismo*. Instituto Politécnico Nacional.
- BARRIENTOS LÓPEZ, Guadalupe. (2004). *Otomíes. Pueblos indígenas del México contemporáneo*. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- BARTRA, Armando. (2006). *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*. Editorial Itaca, UACM.
- BARTRA, Armando. (2013). *Hambre/Carnaval: Dos miradas a la crisis de la modernidad*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- BOSQUE DE AGUA. (s.f). *Bosque de Agua* [sitio web]. Recuperado el 20 de octubre de 2022 de <https://bosquedeagua.org.mx/>
- BREILH, Jaime. (2010). “Lo agrario y las tres ‘S’ de la vida”. En Edgar Isch y Alex Zapata (Eds.). *Tierra y agua: Interrelaciones de un acceso inequitativo*. (pp. 13-23). Sistema de Investigación sobre la Problemática Agraria en el Ecuador (SIPAE).
- BREILH, Jaime. (2014). “Epidemiología crítica latinoamericana: raíces, desarrollos recientes y ruptura metodológica. (La determinación social de la salud como herramienta de ruptura hacia la nueva salud pública (salud colectiva))”. En Carolina Morales y Juan Carlos Eslava (Eds.). *Tras las huellas de la determinación Memorias del Seminario InterUniversitario de Determinación Social de la Salud* (pp. 19-75). Universidad Nacional de Colombia.
- BREILH, Jaime. (2014). *Estudio comparativo de los principales paradigmas sobre la determinación social de la salud y operacionalización de un modelo alternativo para investigación de modos de vivir saludables*. Universidad Andina Simón Bolívar.
- BREILH, Jaime. (2017). “El desafío de construir un mundo agrario sustentable, solidario, soberano y seguro (las cuatro ‘S’ de la vida)”. En Elizabeth Bravo; Melissa Moreano; Ivonne Yáñez. (Comps.). *Ecología política de la mitad del mundo: Luchas ecologistas y reflexiones sobre la naturaleza en el Ecuador*. (pp. 299-312). Ediciones Abya-Yala.

- BREILH, Jaime; CAMPAÑA, Arturo; HIDALGO, Francisco; SÁNCHEZ, Doris; LARREA, Ma. L.; FELICITA, Orlando; VALLE, Edith; MAC ALEESE, Juliette; LÓPEZ, Jansi; HANDAL, Alexis; ZAPATA, Alex; MALDONADO, Paola; FERRERO, Jorgelina; MOREL, Stella. (2005). “La floricultura y el dilema de la salud: Por una flor justa y ecológica”. En Centro de Estudios y Asesoría en Salud -CEAS- (Ed.). *Informe alternativo sobre la salud en América Latina* (pp. 70-83). Centro de Estudios y Asesoría en Salud.
- FALS BORDA, Orlando. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Siglo del Hombre Editores, CLACSO.
- HARVEY, David. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal.
- IZURIETA, Mónica. (2017). “Comportamiento de consumo de alimentos orgánicos en espacios urbanos”. *Revista Economía*. 69(109), 161-178. <https://doi.org/10.29166/economia.v69i109.2036>
- MARX, Karl. (1974). *El capital*. Libro 1. Capítulo VI (inédito). Siglo XXI.
- MARX, Karl. (2000). *El capital: Crítica de la economía política. El proceso de producción de capital*. Libro primero, Vol. 3. Siglo XXI.
- MARX, Karl. (2003). *El capital: Crítica de la economía política. El proceso de producción de capital*. Libro primero. Vol. 1. Siglo XXI.
- ORNELAS, Raúl (Coord.); BARTRA, Armando; CECEÑA, Ana Esther; ESTEVA, Gustavo; HOLLOWAY, John. (2013). *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*. Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- PÉREZ TAPIA, Luz Vanessa. (2017a). “Comercio y consumo alimentario alternativo. Experiencias de los mercados y tianguis orgánicos de la Ciudad de México: El Foro Tianguis Alternativo y el Mercado Alternativo de Tlalpan”. En José Gasca y Patricia Olivera (Coords.). *Ciudad, comercio urbano y consumo: Experiencias desde Latinoamérica y Europa*. (pp. 449-468). Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- PÉREZ TAPIA, Luz Vanessa. (2017b). “Producción y consumo de alimentos orgánicos. Contexto de la distribución de los mercados y tianguis de productos orgánicos en México”. En José Gasca Zamora (Coord). *Espacios del consumo y el comercio en la ciudad contemporánea*. (pp. 263-281). Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM

- PÉREZ TAPIA, Luz Vanessa. (2019). “Formas de comercio en Ciudad de México: una mirada desde la distribución espacial de los mercados y tianguis de productos orgánicos”. En Birgit Hoinle, Flavio Bladimir Rodríguez, Cesar Leal Soto y Michelle Camila Pérez (Eds.). *Construyendo territorios de paz entre el campo y la ciudad* (pp. 177-202). Universidad Externado de Colombia.
- PÉREZ TAPIA, Luz Vanessa. (2020). *Espacios de articulación producción-consumo de alimentos agroecológicos en la Ciudad de México*. Tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, México. Recuperado el 13 de septiembre de 2022 de http://ru.atheneadigital.filos.unam.mx/jspui/handle/FFYL_UNAM/660
- SHERWOOD, Stephen; ARCE, Alberto; BERTI, Peter; BORJA, Ross; OYARZUN, Pedro; BEKKERING, Ellen. (2013). “Tackling the New Materialities: Modern Food and Counter-Movements in Ecuador.” *Food Policy*, 41, 1-10. <https://doi.org/10.1016/j.foodpol.2013.03.002>
- SIMÓN ROJO, Marian. (2017). “El consumo desde lo colectivo: Lectura en clave de sostenibilidad”. *Revista soberanía alimentaria*. (27), 35-38.
- VERAZA, Jorge. (2008). *Subsunción real del consumo al capital: Dominación fisiológica y psicológica en la sociedad contemporánea*. Editorial Itaca.